

piedad filial. ¡Qué cuadro tan conmovedor y tan capaz de impresionar provechosamente á los niños, el de aquel desventurado príncipe é hijo desnaturalizado de David, el gallardo Absalón, suspendido de una encina por sus largos y hermosos cabellos, pagando con su cabeza, por disposición del cielo, el negro crimen de rebelión contra su padre! Y en cuanto á los premios y recompensas prometidas al buen hijo, ¿qué más puede decirse que lo dicho por San Pablo en tres palabras: «En todo te irá bien»— *Ut bene sit tibi*<sup>1</sup>, bien en tus negocios, en tu cuerpo y en tu alma, en tu persona y en la de tus hijos, en el tiempo, en la eternidad? ¿Qué mayor tesoro que la bendición del padre, acompañada de las bendiciones del cielo, con la cual no sólo se otorga á los hijos la longevidad, sino también se asegura larga duración á las familias? Halagados con recompensas tan espléndidas, los hijos serán dóciles, obedientes y amorosos, prestando así su contingente á la obra de su propia felicidad, la educación.

#### OCTAVA CONFERENCIA.

##### El magisterio, auxiliar de la educación.

I. Si todos los padres de familia estuviesen en capacidad de proporcionar á sus hijos todos los elementos que exige la labor educativa, seguramente no tendrían necesidad de buscar auxiliares fuera de su casa, y su obra llenaría el ideal de la educación. Pero ¿es esto posible, dadas las circunstancias ordinarias de la vida y, particularmente, las condiciones de la vida moderna? ¿Tienen todos, ó siquiera la mayor parte de ellos, el tiempo disponible y el genio y los talentos y luces necesarias para desempeñar tan alta como ardua y delicada función? Preciso es reconocer que

<sup>1</sup> Eph. 6, 3.

no sólo el tiempo sino la capacidad les falta á muchos padres de familia para dar á sus hijos no sólo la instrucción literaria y científica, sino aun la religiosa y moral. Claro está que la mayor parte de ellos, por mucha ilustración que posean, no han emprendido la carrera de maestros, y, por lo demás, si supieron sembrar en el corazón del niño, durante la primera edad, la buena simiente de los principios morales y religiosos, quizás no serían los más aptos para comunicarle, al apuntar la adolescencia, ideas religiosas de un orden más elevado, como las exige nuestro siglo, y hábitos de moralidad más acendrada. Sea, pues, por efecto de la posición social, sea por ocupaciones que les absorben la vida entera ó por otras causas diferentes, es lo cierto que la mayor parte de los padres que no quieren ver privados á sus hijos del tesoro de una educación completa, se ven forzados—á las veces con gran pena—á privarse ellos mismos del placer de guardarlos en su casa, para confiarlos á manos extrañas, no sin recelo, por más tranquilidad que les inspire la aptitud de los preceptores y el crédito del establecimiento. Nos encontramos, pues, carísimos hermanos, con la necesidad del magisterio profesional, fuente secundaria sí, pero importantísima, no sólo de instrucción sino también de educación pública y privada. Grande es la importancia de esos gimnasios ó planteles donde ejercita y desenvuelve sus fuerzas mentales la porción más selecta y afortunada de la juventud. Por lo mismo debemos dedicarle seriamente nuestra atención. Á propósito de colegios escribe un diligente observador de las costumbres sociales tan mal paradas en nuestros tiempos: «Por suerte ha dispuesto la Providencia se alzasen á cada paso casas de buena y cristiana educación, casas en que padres y madres de orden sobrenatural desempeñan con los hijos el espinoso cargo de educadores, que tan mal comprenden y tan detestablemente practican muchos padres y madres según la naturaleza, casas de educación



que es triste deban existir, porque para un niño el mejor colegio debiera ser la propia familia, pero que es utilísimo, es forzoso que existan. . . »<sup>1</sup> Mucho bien, según esto, está llamado á hacer el magisterio, pero también pudiera causar incalculables males al hombre, á la familia y á la sociedad. Grave responsabilidad pesa sobre él, y la historia de los últimos siglos se ha levantado ya para exigirselo. Asunto es éste, como veis, de la más vasta trascendencia.

## I.

2. Empecemos por reconocer la *dignidad* del magisterio, y sírvannos de guía para discurrir con acierto, la antigüedad, la razón y la religión.

Tan grande fué el aprecio que del magisterio hicieron los antiguos, griegos y romanos, que no se desdeñaron de ejercerlo por sí mismos, en ciertas circunstancias, los más elevados personajes. Catón el Censor, según refiere Plutarco, aunque tenía en su propia casa al gramático Quilón, diestro y consumado profesor de literatura, quiso tomar á su cargo la enseñanza de su hijo, y es digna de notarse la razón que alegaba para hacerlo: «Por no privar á un senador romano del grande honor de dar educación á su hijo»<sup>2</sup>. El emperador mismo Octavio Augusto, como atestigua el historiador Suetonio, no tuvo sonrojo de enseñar las primeras letras á sus nietos, siguiendo en esto las antiguas costumbres. El gran Cicerón no considera indigno de la respetable ancianidad el empleo de enseñar y educar á los jóvenes, porque ¿cuál otro cargo, dice, puede darse más ilustre?<sup>3</sup> Bien conocidos son los sentimientos de Filipo, rey de Macedonia, el cual escribe á Aristóteles manifestándole su satisfacción de poder confiar á tan insigne maestro la educación de aquel hijo que había

<sup>1</sup> Sardá y Salvany, Propaganda catól. 4.

<sup>2</sup> Plut., in Vita Caton.      <sup>3</sup> Cic., De senect.

de dominar el mundo, Alejandro Magno. Por desgracia, andando el tiempo, empezaron á figurar en el magisterio los libertos, gentes de condición servil y mercenarios, y la instrucción degeneró en superficial, con lo que vino á caer en el desprecio la noble profesión de pedagogo. La educación, convertida en negocio, se envilece en todas partes. Pero oigamos qué nos dice la razón.

3. Á los ojos de ésta, el magisterio es lo que decía Cicerón, el cargo más ilustre. Porque nada puede ser más digno y respetable en género de ministerio, que aquel que tan de lleno participa así de las prerrogativas como de las funciones de la paternidad. El maestro no debe considerarse como mero sustituto ó lugarteniente del padre en la santa y delicada labor de la formación moral del niño, para lo cual ha de consagrar tal vez años enteros y todas las energías de su ser, siendo por lo tanto muy justo que entre á la parte en los derechos de aquél; debe mirársele como verdadero padre del espíritu, porque engendra en la inteligencia y en el corazón del discípulo la verdad y la virtud. Así lo reconocieron los más ilustrados paganos. Juvenal dice: «Se ha querido que el preceptor esté en lugar del padre.»<sup>1</sup> Y Aristóteles llega á dar la preferencia á los maestros sobre los mismos padres, considerando más elevada la paternidad que trasmite la virtud y la felicidad que aquella que no da más que la existencia<sup>2</sup>. Acaso parecerá á alguno exagerado é inexacto este modo de pensar del gran filósofo; no obstante, todo bien pensado, ¿de qué serviría la existencia sin algún grado siquiera de educación? ¿de qué la vida sumida en el embrutecimiento de la ignorancia y del vicio? Para ser un hombre malo y perverso, y por ende infeliz y réprobo como Judas, ¿no valdría más no haber nacido? Luego no sin razón un

<sup>1</sup> *Qui preceptorem sancti voluere parentis esse loco* (Iuv. Sat. 7).

<sup>2</sup> Laert. lib. 5.



emperador cristiano, Basilio, entre otros consejos, daba éste á su hijo León: «Si debes respetar á los que la naturaleza te dió por padres, mucho más debes hacerlo á los que te infundieron el espíritu de Dios por medio de la sana doctrina.» Aquí se echa de ver que se trata de la educación verdaderamente cristiana que infunde en el alma no una ciencia cualquiera sino la ciencia de Dios, la sabiduría que gobierna toda la vida temporal y enseña á conquistar la eterna, y al mismo tiempo enriquece la humana voluntad no con solas virtudes naturales y cívicas, sino con aquellas otras superiores que germinan al influjo de la gracia del Espíritu Santo. Y claro está que una educación de este género vale infinitamente más que todos los bienes de orden natural, inclusa la existencia. Pues bien, carísimos hermanos, de esta educación tratamos, no de otra de inferior valía, y en este terreno consideramos al maestro. Y ¿por qué no? ¿por ventura no es cristiano él, y cristianos los niños que se educan, cristianos sus padres, y la escuela cristiana también? ¿Por qué, pues, hemos de contentarnos con menos que con la que podríamos llamar *la alta escuela* de educación? ¿por qué se ha de limitar la tarea del preceptor católico á formar de sus alumnos buenos ciudadanos, hombres de bien, pudiendo hacer de ellos buenos cristianos, católicos perfectos? Comprendo que no son éstos los ideales acariciados el día de hoy por la mayoría de los maestros ni de los padres de familia, porque no sigue ya esas corrientes puras y hermosas la gran masa de la sociedad contemporánea; pero nosotros que conservamos íntegras nuestras doctrinas y ciframos en ellas la esperanza de restauración religiosa y moral de la sociedad, ¿no pugnaremos también por realizar el ideal de la educación cristiana?

4. Sigamos empero, hermanos carísimos, escuchando la voz de la razón. Ella nos dice que nada puede haber más sublime que imitar al Criador cuando dijo: *Fiat lux*—

«Hágase la luz»<sup>1</sup>, lo cual hace el hombre á su manera alumbrando una inteligencia sumida en la oscuridad de la ignorancia; que nada acerca tanto al hombre á la divinidad como impartir á las almas hambrientas el pan de la verdad y dar leche de vida espiritual á los pequeñuelos. Títulos son éstos de inmensa gloria para el magisterio, que nos obligan á confesar que tiene algo y mucho de divino. En efecto, nada hay más alto, entre las cosas naturales que la sabiduría ó el saber en su más amplia acepción, como quiera que no hay entre las facultades humanas otra más eminente que la razón, por cuya virtud domina el hombre á todas las criaturas inferiores. Bien pudiéramos decir que es al espíritu la sabiduría lo que el sol para los ojos corporales. Y como el sol impera en el universo no sólo por su claridad sino por su hermosura y fecundidad infinita, así reina y campea la sabiduría sobre todos los bienes de la tierra, no sólo corporales sino espirituales, resplandeciendo y fecundando el mundo de las almas. «Tesoro infinito, inagotable es la sabiduría», dice el Espíritu Santo<sup>2</sup>; «es mejor que cuanto puede darse de rico y preciosísimo»<sup>3</sup>. Consagrarse, pues, al servicio de esta reina, ¿no será empresa gloriosísima? Y ¿no lo será también dilatar su imperio por el mundo? Y si es noble el ejercicio de aprender, ¿cuánto más lo será el de enseñar? Y ¿quién es el primer maestro, *el que enseña al hombre la ciencia*, antes que cualquier otro pueda hacerlo, sino Dios?<sup>4</sup> ¿No es de Dios de quien escribe el apóstol Santiago: «Que es la luz y el Padre de las luces, en quien no hay menguas ni sombras, que se complace en derramar la sabiduría sobre todos los que se la piden»?<sup>5</sup> ¡Qué gloria, pues, no será, dice el Doctor de la Iglesia San Cipriano, hacerse en esto semejante á Dios! ¡Qué felicidad tan grande la de poseer un

<sup>1</sup> Gen. 1, 3.<sup>2</sup> Sap. 7, 14.<sup>3</sup> Prov. 8, 11.<sup>4</sup> Ps. 93, 10.<sup>5</sup> Iac. 1, 5. 17.



título por donde pueda el hombre merecer alabanzas divinas! Finalmente es propio de la bondad ser comunicativa de sí, de donde nace que la ciencia verdadera no es avara sino generosa, tanto más cuanto que en vez de disminuirse aumenta y se enriquece, en lo cual descubre otro rasgo de su semejanza con Dios.

5. De lo dicho se deduce cuán acorde está la religión con los dictámenes de la razón y el veredicto de la historia ensalzando la dignidad del magisterio. En el concepto cristiano enseñar es una obra de misericordia, y de las más valiosas y de mayor merecimiento entre las espirituales. Cristo nuestro Señor se dignó apropiarse de tal suerte el título de *Maestro*, que parece haberlo preferido á cualquier otro. En efecto, fuera del de Redentor ¿cuál otro designaba más exactamente su misión divina? «Maestro bueno» le apellidaban los jóvenes acercándose gustosos á su escuela para recibir sus lecciones, base de vida y bienaventuranza eterna<sup>1</sup>. Maestro enviado por Dios, llamábanle por doquiera las gentes: *Scimus quia a Deo venisti magister*<sup>2</sup>. Maestro, *Rabbi*, le decían los mismos maestros de la ciencia sagrada en Israel<sup>3</sup>; y el mismo Jesús concluyó por llamarse «Maestro único» — *Magister vester unus est*, de quien todos, unidos con los vínculos de la fraternidad, debían ser discípulos<sup>4</sup>. Ahí tenéis la primera escuela de la Iglesia, donde Jesucristo es el maestro, y todos los hombres los discípulos. De allí aprendió la Esposa de Cristo ese cariño y estimación tan grande que ha profesado siempre al magisterio. Los apóstoles del cristianismo, ¿qué fueron sino maestros del género humano? Sus cátedras eclipsaron y echaron por tierra las de los más sabios filósofos del Oriente, Grecia y Roma. Y ¿qué sus Padres y Doctores? Los más ingeniosos y profundos pensadores que

<sup>1</sup> Marc. 10, 17.

<sup>2</sup> Io. 3, 2.

<sup>3</sup> Ibid. passim.

<sup>4</sup> Matth. 23, 8.

hubo sobre la tierra, que á torrentes derramaron sobre ella los tesoros de la sabiduría. Mas no sólo en este sentido general ha brillado siempre el magisterio en la Iglesia, cuyas sedes episcopales fueron y se llamaron *Cátedras*, desde la Romana, ocupada por el Vicario de Jesucristo, hasta la última erigida en medio de pueblos salvajes; también desempeñaron funciones de maestros, en el sentido riguroso de la palabra, en diferentes épocas, algunos de sus grandes hombres, verdaderas lumbreras del saber humano, cuando así lo exigieron las necesidades de la sociedad. Bastará citar por todos á dos grandes y santísimos doctores, honor del cristianismo, San Gregorio Nacianceno y San Jerónimo. El primero abatió, por decirlo así, el vuelo de sabio filósofo y teólogo al modesto ejercicio de verificador, y el segundo, eruditísimo orientalista y hermenéutico incomparable, descendió de las alturas del saber para regentar ¿quién tal pensara? una cátedra de gramática, arrojando por esto las amargas sátiras de sus émulos, que, ciertamente, no eran otros sino los enemigos de la fe católica. Tratándose de salvar la fe juntamente con la ciencia humana en ciertas épocas de verdadera crisis para la humanidad, los varones más esclarecidos de la Iglesia no se desdenaron de ejercer el magisterio, lo mismo en las cátedras más humildes que en las aulas de las universidades. ¡Las universidades de la edad media! ¿No fué allí donde brillaron los astros de primera magnitud de la ciencia eclesiástica? Pero aquí ya tomó parte con la Iglesia la sociedad cristiana.

6. Tenemos, pues, un testimonio más de la importancia y dignidad del profesorado, el de la sociedad, especialmente en la edad moderna. Porque si grandes fueron los esplendores científicos de las edades anteriores, no hay duda que la difusión de los conocimientos para todas las clases sociales, por medio de la escuela oficial y pública, es una de las grandes glorias de los últimos tiempos. Y con la